

Desde el tiempo cuando empezamos a estudiar en la Facultad de Arquitectura de la UNAM y nos impartieron cursos acerca del comportamiento de la ciudad y de la estructura urbana, la urbe se empezó a volver cada vez más compleja y ajena.

Una gran serie de categorías y conceptos pretendían explicarnos la relación de lo urbano y la arquitectura; sin embargo, esos términos resultan ajenos y distantes cuando no se comprende lo vivido en la ciudad como seres con un pasado y sus testigos en el espacio.

Así entendí que los parques, más que espacios verdes de equipamiento urbano, representaban los lugares propios donde en las tardes se tejían historias de encuentros con ellas, a veces reales, otras no; que las aceras no eran el lugar público de circulación, sino nuestras calles, por los miles de minutos y horas compartidas con la banda, los cuates, el fútbol, la plática nocturna, los secretos mutuos.

Todas las veredas que a lo largo del tiempo construimos para pasar, dando una vuelta inimaginable, por la calle donde vivía la mujer aquella, que nunca conocimos, las calles como un tejido vivo pegado a nuestras vidas.

En dónde terminaba la casa y empezaba la calle, no lo sabíamos, la calle era una casa larga y continua; las arquitecturas bondadosas nos cobijaban el crecimiento, así como el encuentro con nuestros triunfos y derrotas. Así, la calle aunque pública, pertenecía a quien la habitaba, a la persona que la llenaba de palabras, pasos y recuerdos.

Alguna calle de mi ciudad fue nuestra para siempre cuando descubrimos la cercanía de ella, sus besos, su respirar, y la guardamos como un recuerdo impregnado de ese escenario de casas, muros y ventanas curiosas.

El camino a la preparatoria de San Ildefonso, alejarse más de la cuadra, del barrio, de la banda; meterse en el viejo deslavado centro de la ciudad, lleno de memorias ajenas; crear poco a poco el recorrido de cosas conocidas, dejar muestras de nuestros deseos en camiones, calles, aparadores; hacer nuestro el camino, nuestro un pedazo de ciudad.

Tan importante era ir al Sanborn's de los azulejos, como a Garibaldi o al Carmen, perderse y maravillarse con texturas, colores, formas de espacios habitados por gente nueva cada día.

Cuando más amábamos San Ildefonso, éramos tantos que nos expulsaron del paraíso y nos llevaron lejos, al sur, a olores nuevos, espacios de formas diferentes, la facultad olía a perfumes y tabacos importados.

El nuevo rito de crear nuestras referencias, los objetos y las nuevas aceras que diario nos saludaban, la presencia de Martha en el centro de Coyoacán, las ninfas, las calles

